

LA
PRINCES
A DE LA
BASURA

SONIA MARTÍNEZ
MARTÍN

Copyright © 2018 Sonia Martínez Martín

Todos los derechos reservados.

Depósito legal: M-003766/2018

Para todas las
princesas que no
se conforman
con esperar a que
las salven

Prólogo

«ILUSIÓN»

Un único grafiti en la pared en ruinas coronaba el puente, bajo el cual se asentaba el campamento de vagabundos más grande de la ciudad. Y con ese nombre, Ilusión, lo conocían todos los que vivían en él.

Las personas sin hogar oían hablar del campamento Ilusión desde todas las partes del país y acudían movidos por la curiosidad, algunos se marchaban y otros se quedaban para siempre.

En ese momento, sus casi cincuenta habitantes actuales, estaban reunidos en la zona central. Junto a ellos, discurría una autopista que hacía muchos años que no servía como tal, sino como cementerio de coches robados y abandonados.

Todos guardaron silencio casi a la vez cuando uno de ellos salió de entre la multitud, vestido con una túnica remendada y cosida para unir varias prendas de diferentes tonos y colores oscuros. Caminó con grandes zancadas hasta parar junto a un bidón de gasolina que llevaba largo tiempo vacío y que permanecía cerrado. Carraspeó un par de veces y un chico bajito y sucio, de no más de quince años corrió hasta él para acercarle una hoja de periódico enrollada. Lo desenroscó de forma ceremoniosa, dándoselas de importante y disfrutando de la atención que todos ponían en él.

—Hemos tenido que recontar tres veces, pero sin duda, la campeona de la «Competición de la Comida» ha sido nuestra última incorporación...

Un estallido de voces, la mayoría sorprendidas, interrumpió sus siguientes palabras. Desde hacía años

luchaban en aquella competición en la que todos reunían la comida que conseguían y la compartían. Y casi desde el inicio de la competición, la ganadora siempre había sido la misma: Arlet Daly. Por eso, que ese mes la ganadora fuera otra persona y, no solo eso, para colmo una recién llegada, causó un gran alboroto.

Sin embargo, nadie salió de entre ellos. Hubo movimientos frenéticos, nerviosos y las conversaciones se elevaron hasta convertirse en un ruido sordo, en el que era imposible entender nada. Un pasillo entre el bidón de gasolina vacío y el centro del gentío se creó casi sin pretenderlo y una chica quedó en el medio, sola y apartada de los demás. No conversaba como el resto, al contrario, se miraba las uñas con aire aburrido, como si aquello no fuese con ella, pese a que era la ganadora.

—No seas tímida —pidió el hombre de la túnica y alguien empujó a la chica desde detrás para que reaccionase.

Ella levantó la cabeza entonces, miró alrededor como si no entendiese nada y ladeó un poco la cabeza en busca de respuestas. Las voces volvieron a bajar el tono y poco a poco se apagaron, para tratar de entender por qué no reaccionaba.

El hombre de la túnica le hizo gestos para que se moviese y finalmente ella pareció entender lo que sucedía. Los murmullos estallaron de nuevo a su alrededor cuando caminó con algo de inseguridad hacia el barril. Algunos comentaron que era tonta, otros que era medio sorda. Los menos pérfidos, creyeron que solo estaba nerviosa por ser la nueva, o que aún no entendía de qué iba aquello.

El hombre de la túnica le dijo algo en voz baja y ella asintió, se dio la vuelta y se sentó en el barril, de cara a la multitud que volvió a acallarse cuando el hombre de la túnica lo pidió con un gesto.

—Por el poder que me han concedido la Alianza de Bandas, te nombro Princesa de la Ilusión del mes de abril. —Y mientras lo decía, colocó una corona fabricada con

chapas de latas sobre su pelo, teñido de diferentes tonos rosas y con algunos mechones blancos pese a que no parecía tener más de dieciséis años.

El hombre de la túnica le hizo un nuevo gesto, la multitud aplaudió un par de veces, aún desconcertados por aquella novedad en sus vidas, aunque pronto dejaron de hacerlo y guardaron de nuevo silencio. La chica pareció dudar un segundo, pero luego dibujó una gran sonrisa demasiado blanca para un lugar tan sucio. Sus propias mejillas estaban manchadas de gris.

—¡Arrodillaos ante mí o temed mi ira! —gritó de pronto. Algunos se lo tomaron a risa, otros se marcharon sin más. Suponían que no sería muy diferente a Arlet después de todo—. ¿No tengo un cetro con el que imponer respeto? —preguntó al de la túnica con el ceño fruncido—. ¿Una varita de poder?

—No.

El hombre de la túnica se preguntó si habría coronado a una loca, quizá debían haber trampeado lo números para que Arlet siguiese siendo la princesa, después de todo, conseguía mucha comida.

—¿Qué clase de premio a medias es este? —Su labio inferior sobresalió con tristeza, con un mohín demasiado infantil—. ¿Al menos tengo tres deseos?

—Solo es un puesto simbólico, algo para motivar a la gente a compartir —explicó en voz baja, para que el resto de los habitantes no lo oyese.

—Al menos llámame Princesa —lo intentó de nuevo.

—Está bien, Princesa.

Se agachó con una falsa reverencia, agitando la cabeza con disgusto y se alejó de ella. Convenciéndose de que al mes siguiente no dejaría que esa chica se acercase al trono.

El ataque del perro asesino

*Así que, desde su imposibilidad para tomar
decisiones, eligió robar unas peras.*

El árbol estaba dentro de un chalet no muy grande, tenía un pequeño patio de unos diez metros cuadrados, con un par de frutales más. La Princesa pasaba cada día por allí desde hacía un año y resistía la tentación, pero esa noche no pudo más y decidió saltar la valla.

No fue difícil, aquello solo eran delimitaciones. Las verdaderas protecciones de esos chalets en el mejor barrio de la ciudad eran las verjas de las ventanas y las alarmas del interior.

Apoyó el pie derecho en el murete de cemento y se sujeto a la valla negra para subir el izquierdo. Luego pasó el pie derecho de nuevo, porque era con el que mejor se equilibraba y se tomó un segundo para colocar su tutú rosa antes de pasar el otro pie, para asegurarse de que no se le enganchaba. Ya tenía un par de rotos y una quemadura, que provocaba que frunciere sus cejas claras cada vez que lo veía.

Comprobó que las luces de la casa estaban apagadas antes de saltar al pequeño terreno. Cuando sus pies tocaron tierra firme, abrió los grandes bolsillos de su chaqueta azul, a la que le faltaba la manga izquierda, para llenárselos de la dulce fruta.

Un gruñido la distrajo de su tarea cuando solo había llenado dos de los cuatro bolsillos. Volvió la vista temerosa, para encontrar un enorme perro que babeaba y gruñía desde la puerta de la casa, con las fosas nasales dilatadas.

—Tranquilo, perrito. —Guardó las dos peras que aún tenía entre las manos y alzó los brazos con un gesto de indefensión.

Dio un paso hacia atrás, tratando de alejarse del enorme animal gris y blanco, que soltó un ladrido seco, al ver las intenciones de ella. La Princesa volvió a quedarse parada y evaluó sus opciones. Echó un vistazo a la valla, que estaba a unos tres pasos. ¿Sería más rápida que el perro?

—Siéntate, chico —ordenó con el tono mandón que solía usar con sus subordinados en Ilusión, pero eso solo pareció cabrear al perrazo—. ¿Qué se hacía con los chuchos? —murmuró entre dientes—. ¿Cantar? ¿Gritar? ¿Parecer más grande? No... Eso era con los osos... ¿Quieres que te cante, chucho estúpido?

Y, como si el animal hubiera entendido sus palabras y no le hubieran gustado, se lanzó hacia ella, rasgando el suelo de baldosas con sus uñas. La Princesa se dio la vuelta a toda prisa para correr hasta la valla. Pero la bestia fue más rápida y atrapó la parte trasera de su chaqueta con sus dientes enormes y amarillos. Si no hubiera estado tan asustada porque se la comiese, hubiera suspirado agradecida porque no atrapase su tutú.

—¡Perro malo! —le gritó—. ¡*Sit, plas*, hijo puta...!

Tiró para soltarse, aferrándose al metal de la valla y el perro se quedó con un trozo de abrigo entre los dientes, antes de volver a gruñir, insatisfecho con su bocado. Esta vez no esperó a que él volviera a reaccionar. Apoyó el pie en la valla y se encaramó hasta el otro lado. Suspiró aliviada mientras el perro se ponía de pie sobre sus patas traseras y ladraba de forma escandalosa, lanzando baba en todas direcciones.

Vio entonces el cartel junto a la puerta que decía: «cuidado con el perro».

—A putas buenas horas —musitó.

Recogió un par de peras que se le habían salido de los bolsillos al saltar y se alejó de allí, con fruta fresca y un trozo de abrigo menos. Por suerte empezaba a hacer calor.

Estaba bastante lejos de Ilusión aún y sentía que temblaba por el encuentro con el perro, así que consideró oportuno comerse dos de las peras, después de limpiarlas en su pantalón verde para asegurarse de que ese chuchito no las había babeado.

Pasó por un bar, donde la miraron como si fuera un insecto que se había colado en lugar de una persona. Usó el baño para aliviar sus necesidades y limpiarse los restos de pera de la cara y las manos, antes de volver al campamento.

—El baño es solo para clientes —le dijo el camarero cuando estaba apunto de irse.

—Más respeto, plebeyo, soy una princesa —replicó ella, mientras salía del bar.

Suspiró al ver el grafiti sobre el puente, tras unos minutos de aburrido camino. El tiempo y el clima habían ensuciado los colores, pero la palabra Ilusión aún se veía claramente. Cientos de veces se había encontrado preguntándose quien habría hecho aquello y por qué motivo. Al final, siempre decidía que habría sido un niño pijo, disfrutando de la ironía de su acción.

Se obligó a no detenerse demasiado tiempo en aquello y pasó las primeras líneas del campamento, delimitadas por coches que habían sido abandonados allí mucho tiempo atrás. Paró en la zona más protegida de todas, junto a un contenedor enorme que hacía las veces de almacén. Tiró las peras sin muchos miramientos a la caja del revés que usaban de mesa, donde el chaval con un mono azul las contó y lo anotó en el borde de un periódico viejo, antes de echarlas en una caja.

—Viva la princesa que alimenta al pueblo —dijo con tono aburrido.

—Viva —corearon algunos sin muchos ánimos.

—Qué poco entusiasmo... —se quejó, aunque ella tampoco sentía demasiado.

Llevaba poco más de un año viviendo allí y desde entonces cada mes era la que más comida recogía. Aquello empezaba a aburrirla, generalmente la rutina le resultaba poco estimulante y se empezaba a plantear trasladarse en busca de otro campamento.

Fue hasta su barril-trono, sin dejar de pensar en si en otro campamento conseguiría que todos la considerasen su princesa, y se sentó sobre él para mirar alrededor desde su elevada posición. Había estado en otros sitios antes, aunque era la primera vez que se establecía en un sitio tan grande, normalmente prefería ir por su aire, pero podía ver cierta belleza en que todos la tratasen con respeto, pese a que fuera a la fuerza.

Un chico que rozaba la treintena y una niña que, por la falta de alimento durante toda su infancia, no aparentaba más de doce años, se acercaron a ella con sendas sonrisas enormes. El hombre, que se hacía llamar Russo, ocultaba algo a su espalda, la niña solo daba saltitos alegres, realmente feliz de ver a su princesa.

—Buenas noches, Princesa —saludó Russo, con una reverencia un poco rara, para no mostrar lo que ocultaba.

—Hola, queridos súbditos. —Le palmeó la cabeza bromista a la niña—. ¿Qué tienes ahí, *carahuevo*? —preguntó, señalando su espalda, con curiosidad.

—Hace un año que llegaste —explicó la niña, a la que llamaban *Florezilla* porque nadie se había molestado en ponerle un nombre de verdad. Y si lo habían hecho, ella no lo recordaba.

—Así es, luz de mi vida. —La Princesa le guiñó un ojo y la niña sonrió encantada.

—Y queríamos regalarte algo digno de una princesa —siguió Russo.

—¿Un regalo? —Se emocionó y palmeó el aire—. ¿Y qué podría ser eso? —Extendió la mano hacia él, para que se lo diese.

—No hemos podido envolvertelo —se lamentó *Florencia*—. Así que cierra los ojos —pidió con una sonrisa enorme a la que le faltaban los caninos, pero no porque fuese pequeña, es que nunca le habían llegado a salir.

—Una princesa que se precie nunca cierra los ojos, pequeña mariposa. Nunca sabes cuando tus enemigos están confabulando contra tu vida. —Señaló con la cabeza a un grupo lejano que charlaba mirándose.

—Está bien, Princesa, pues no los cierres —se rio Russo, y sacó finalmente lo que tenía en la espalda.

Lo puso sobre sus manos con cuidado, con una reverencia. La princesa miró el regalo con los ojos muy abiertos, con admiración: era una palanca que habían pintado con spray dorado, imitando el color del oro.

—Una princesa que se precie debería tener un cetro —dijo *Florencia*.

Tardó un segundo entero en reaccionar y, entonces, hizo algo que nunca hacía, porque ella no era una persona cariñosa ni dada a los contactos personales: saltó del barril y los envolvió entre sus brazos. Russo parecía tan poco contento como ella con aquello y se soltó enseguida. *Florencia*, sin embargo, se quedó abrazada a la Princesa un rato eterno, disfrutando del calor de la que consideraba casi como una madre o una hermana mayor.

—Tengo que volver al trono, pequeña lapa. —Se apartó con cuidado y volvió a sentarse en su barril, sonriendo ante el mohín de la niña.

—Llevas un año sin que nadie te quite de ahí, ¿cómo vas a celebrarlo? —le preguntó Russo, rascándose la nuca.

—Con putas y coca —bromeó—. Alquilaré un local, invitaré a mis mejores amigos... Ya sabes, lo normal. Os enseñaré fotos.

—¿No nos llevarás? —*Florencia* puso mala cara, tomándose en serio.

—Claro que no, mis amigos pijos no deberían saber que soy la Princesa de la Basura —bromeó, para molestar a la niña más que otra cosa.

—¿*Dizfrutando de tuz últimoz doz díaz* en el trono, *Princeza*? —Los interrumpió una voz y no tuvo que alzar la vista para saber quien era.

Se tomó un segundo entero para observar a su «rival» con desdén, porque sabía que eso la molestaría.

—¡Pero si es Lady Ladilla y su corte de perros pulgosos! —se burló, agitando un poco su nuevo cetro. Lady Ladilla, más conocida como Arlet Daly, había sido la princesa hasta que ella llegase y desde entonces había intentado mil mañas para volver a serlo—. No creas que no sé lo que estás intentando, pero ni haciendo trampas traeréis más comida que yo. —Agitó de nuevo el cetro para señalar a su rival y sus dos fieles seguidores, que no solían hablar demasiado.

—No *intentamoz* nada, *Princeza*. —Alzó las manos con inocencia, mostrando su boca mellada en una sonrisa un tanto tétrica.

La Princesa estaba segura de que Lady Ladilla había sido una mujer preciosa en otros tiempos. Se comentaba que había sido Miss Universo o algo parecido en alguna ocasión, pero las drogas la hicieron endeudarse y, pese a que tuvo la inteligencia o suerte suficiente para sobrevivir a ellas, no pudo recuperarse económicamente.

—Te daré la oportunidad de adelantarte a los acontecimientos, Lady Ladilla, y besarme el anillo antes de que vuelva a humillarte en el nombramiento. —Extendió la mano hacia ella y dobló muy despacio los dedos para mostrarle el corazón.

—La corona *zerá* mía, y tú me *bezaraz* el anillo a mí —le dijo, antes de darse la vuelta airada y marcharse, seguida de sus dos lacayos.

—¡Ya la *haz* cabreado! —se burló Russo imitándola y provocando una carcajada a las dos chicas.

—Pero, Princesa —*Florezilla* la miró desconcertada, mientras hablaba—, no tienes ningún anillo.

Russo la envolvió en un abrazo lleno de compasión y la Princesa soltó una gran carcajada por la inocencia de la niña. No estaba segura de si se quedaba porque adoraba

ser la princesa del lugar o por la gente de allí. Incluso discutir con Lady Ladilla le parecía mucho más estimulante que vivir sola en un cajero, un parque o un albergue.

Abuso de poder

Nadie debería poder tomar de otra persona más de lo que esta quiera darle.

Un fuerte estruendo despertó a la Princesa, que se movió bruscamente, intentado sentarse y tiró un montón de agua fuera de la bañera. Se frotó los ojos para entender como había llegado hasta allí y vio que tenía los dedos terriblemente arrugados.

Se dio cuenta de que lo que oía provenía de la planta de abajo de la enorme mansión en la que se había colado. Regularon el volumen de la música hasta convertirlo en algo soportable y no aquel estruendo que había estado apunto de ahogarla del susto.

Salió de la bañera y se envolvió en una toalla blanca y mullida, una que habían lavado con mimo y cuidado siempre. Estaba segura de que podría acostumbrarse a ese estilo de vida. Arrastró los pies por el suelo, que estaba caliente incluso aunque estuviera mojado.

Se paró frente al espejo, antes de echar un nuevo vistazo sobre su hombro para volver a apreciar aquel increíble baño, como si desde que se durmió en él pudiera haber cambiado. Era un lugar muy elegante, sin ninguna duda más que los servicios de la gasolinera dónde solía lavarse con dificultad desde que vivía en Ilusión.

Todo estaba decorado en tonos blancos y azul pastel. Tenía una bañera enorme, en la que no había podido evitar meterse nada más verla y una ducha en la que cabrían tres personas cómodamente, con chorros laterales, frontales y estilo lluvia. Además, el retrete estaba ribeteado con elegantes filigranas de algo que parecía oro y que, seguramente, lo fuera. El lavabo parecía lo más básico de todo el lugar y, aun así, era elegante, fino y similar al retrete.

El espejo sobre este era grande y dos bombillas enormes alumbraban casi como si se tratase de un escenario.

—Tú eres lo más cutre aquí —le dijo a su reflejo, que le devolvió una mueca de disgusto.

Cogió la toalla del lavabo para secarse el pelo. Lo llevaba teñido a mechones de color rosa y se lo había cortado ella sola con un cúter semanas atrás, así que estaba muy desigual, cosa que, quizá debía importarle más, pero no lo hacía. Se quedó un rato de más observándose al espejo, poco fascinada consigo misma. Sabía que su aspecto no era desagradable a la vista: tenía los ojos grandes y verdes y los dientes bastante blancos teniendo en cuenta dónde vivía. Sin embargo, aquello no le importaba lo más mínimo.

Se apartó del espejo, ignorando su reflejo y recogió la ropa que había tirado al suelo horas atrás. Ni siquiera estaba segura del tiempo que llevaba allí.

Al volver al campamento, después de un largo día de buscar comida, había encontrado a Russo preocupado, caminando de arriba abajo. Al principio se había negado a contarle lo que pasaba, pero tras amenazarle con el destierro acabó hablando: *Florezilla* había aceptado dinero de un tipo rico a cambio de sus «servicios».

Aquello individualmente no tenía por qué ser malo. Allí mucha gente lo hacía, incluso Russo en ocasiones. Era un chico muy guapo y gustaba a cierto tipo de hombres que pagaban bien y hacían regalos caros. En épocas difíciles, sobre todo en invierno, cuando el frío helaba el campamento, solía aceptar con mucha facilidad que hombres ricos le sacasen de allí unas horas.

Sin embargo, aquella vez no fue como todas. Russo condujo a su princesa hasta *Florezilla*, que lloraba aovillada escondida tras un montón de telas que delimitaba su zona del campamento. A la Princesa no le hizo falta más que un vistazo para comprobar que su cara estaba amoratada y que su camiseta rosa e infantil, con un dibujo de un perrito, se pegaba a sus brazos y su cuerpo por sangre seca.

—¿Qué ha pasado? —preguntó la Princesa, arrodillándose a su lado.

—Él no quería solo sexo —lloró la niña—. Luego me dio todo esto para que no lo contase. —Le tendió un sobre, sin dejar de hipar y moquear.

No cogió el sobre, pero vio los billetes desde dónde estaba. Si ese cerdo pensaba que podía ir a su reino, coger a una de sus damas y apalearla hasta hacerla sangrar, iba a aprender por las malas lo que era una princesa de verdad. Desde las botas hasta la corona, pasando por el cetro que pensaba meterle por el culo.

Consiguió que *Florezilla* le contase quien era, pese a que se resistió y lloró por miedo a las reprimendas. Y luego convenció a Russo para que la llevase al hospital. Esperó que se fueran antes de salir hacia la mansión. Incluso cambió su ropa habitual por unos leggins negros y una camiseta del mismo color de Iron Maiden. Hubiese preferido que no llevase dibujo, pero el vestuario no era lo mejor de aquel sitio.

Después se coló en la casa de ese cerdo, con la intención de devolverle cada uno de los golpes que le había dado a la niña. Esta vez comprobó que no hubiese chuchos sarnosos antes de saltar la valla de una enorme mansión de dos pisos, a la que rodeaba como un kilómetro o más de terreno. No pudo estar muy segura en realidad, pero saltó la valla con su cetro aferrado a la mano, solo por si las bestias.

Logró entrar a la casa por una ventana del segundo piso, escalando por el canalón y los ladrillos vistos sin mucha dificultad. Por suerte, no pesaba demasiado, una dieta de ser pobre era lo mejor para colarte en las mansiones ajenas. Y, cuándo vio la habitación donde estaba, se olvidó de su plan momentáneamente.

Era enorme, con una cama doble cubierta del nórdico más blanco que había visto jamás. Los muebles eran de madera de cerezo y olía a nuevo, a limpio, a dinero. Pasó los dedos por el enorme tocador y admiró su suavidad.

Estaba completamente vacío de objetos personales, al igual que el armario empotrado de puertas correderas. Allí había una habitación genial, preparada para entrar a vivir y nadie lo hacía. Le pareció obsceno y horrible.

La habitación tenía dos puertas y, en su búsqueda de venganza se equivocó y entró al baño. Ya no pudo salir de allí en horas. Decidió que retrasar su venganza no haría mal a nadie y que podría tomar un baño de verdad como llevaba años sin hacer. Ahora, después de salir de nuevo a la habitación con su ropa oscura y vengativa, se arrepentía, porque olía a jabón y no se sentía como ella misma.

Abrió la puerta de la habitación con cautela, porque aparte de la música oía voces y risas. Un par de tipos trajeados pasaron por delante de la puerta, charlando de algo animadamente. La Princesa apenas pudo esconderse tras la madera para que no la viesan. Esperó un par de minutos para asegurarse de que se habían ido y salió de allí. Se encontró en un pasillo tan elegante como la habitación que había dejado atrás: tenía una alfombra de colores oscuros que lo recorría entero y, decorando las paredes había cuadros, entre puerta y puerta.

Siguió el camino por el que se habían ido los dos hombres, muy despacio para tener tiempo de esconderse sin que la descubriesen, si volvían. Sin embargo, no se encontró con nadie hasta que el pasillo se abrió en una amplia escalera, dónde el ruido se multiplicó por dos. Pudo ver a un montón de gente elegantemente vestida antes de retroceder para que no la pillasen. Volvió a la habitación en la que había estado, o lo intentó, porque todas las puertas le parecían igual. Estaba claro que su venganza tendría que esperar.

Abrió una puerta para encontrarse con un dormitorio completamente rosa, decorado con póster de «boy bands» y peluches de todos los tamaños y tipos. Casi parecía ser una casa diferente a la elegante y sobria que había tras la puerta que acababa de cruzar. Más bien, aquella puerta era como traspasar a una pesadilla. Se estremeció

sinceramente, ella no tenía ningún problema con el rosa y las cosas monas, pero todo tenía un límite y, aquella habitación, no lo conocía.

Se acercó a la ventana, aun así, dispuesta a saltar si era necesario y volver otro día, pero abajo había una serie de deportivos muy caros aparcados y cada tres coches aproximadamente había un tipo trajeado con pocas pintas de ser uno de esos pijos de la fiesta.

—¡Joder! —se quejó, golpeando un montón de peluches de la mesa y derribándolos—. Piensa, Princesa —se dijo.

No podría salir sin que la viesen y sería difícil explicar a esos guardaespaldas o lo que fuesen lo que hacía saliendo por una ventana con aquellas pintas. Su única opción era que pareciese que formaba parte de la fiesta y así podría salir por la puerta sin más preguntas.

Abrió el armario, que también tenía puertas correderas, pero estaban cubiertas de pósteres y dibujos. Buscó un vestido elegante entre la ropa demasiado infantil y demasiado pija. Finalmente dio con un vestido negro con volantes que le pareció suficientemente bonito o, al menos, aceptable. Quizá distraería la atención lo justo para que no viesen el resto de sus pintas.

Escondió su ropa en el fondo del armario y se puso el vestido, que le quedaba algo justo y dejaba más de la mitad de sus piernas al aire. No solía gustarle enseñar tanto muslo, pero la dueña de la habitación tenía que ser mucho más baja que ella. Se miró al espejo del armario, o lo intentó, porque estaba cubierto de fotos de una chica teñida de rubia en diferentes poses y situaciones: viajando por el mundo, con un centenar de amigos, celebrando su cumpleaños, en un descapotable...

Se sintió asqueada y decidió que no iba tan mal, incluso sus botas de montaña podían dar el pego... o no, pero no iba a ponerse tacones, iba en contra de todo en lo que creía. Salió de nuevo de la habitación, pero se paró delante de las escaleras.

Quizá no podía vengarse de ese cerdo en ese momento, pero, a lo mejor, encontraba algo que le doliese más que la paliza que tenía pensado darle. No parecía haber demasiada gente arriba y si alguien la encontraba solo tenía que fingir que se había perdido buscando el baño y acompañar su excusa con una risa tonta.

**iLee la novela
completa en Amazon!**